

Finalmente, Caponi concluye con una adenda donde defiende su particular y altamente sugestiva concepción de la función biológica. Allí postula que los conceptos de función biológica, aptitud y adaptación guardan una relación que va desde el análisis descriptivo (función), a la comparación (aptitud) y de esta a la historia (adaptación). Esta concatenación permite hablar del *diseño* de los organismos llevado a cabo por la selección natural y, por tanto, naturalizando la teleología.

El libro está escrito con claridad y estilo, analizando en detalle una de las problemáticas más importantes en filosofía de la biología. Es más, una de las virtudes del trabajo de Caponi es que estaría ofreciendo, indirectamente, una respuesta a una de las corrientes más críticas de la visión causal de la teoría evolutiva. Esta corriente, defendida por autores como Mohan Matthen o Denis Walsh, ha argumentado que estaríamos ante una teoría estadística, no causal. Sin embargo, me gustaría señalar que no está del todo claro que todas las fuerzas evolutivas exijan ese nivel de multiplicidad de invariantes causales que demanda Caponi. Christopher Hitchcock y Joel Velasco (“Evolutionary and Newtonian Forces”, 2014) han mostrado de forma convincente que tanto la mutación como la migración son fuerzas evolutivas equiparables a la gravedad o la electrostática, puesto que sus formulaciones matemáticas indican cómo aquellas surgen y su intensidad. Esto reduciría el alcance de la tesis de Caponi de la existencia, en general, de múltiples y locales invariantes causales en la teoría evolutiva. De todos modos, el análisis de Hitchcock y Velasco continuaría dando la razón a Caponi respecto a la selección natural. Por tanto, se podría aceptar la existencia de múltiples invariantes causales cuando hablamos de la selección natural y de la deriva genética, pero no así de fuerza evolutivas como la mutación y la migración. En definitiva, por su temática y profundidad, estamos ante un libro altamente recomendable.

Víctor J. Luque

Universitat de València
victor.luque@uv.es

BIBLID 0495-4548(2016)31:2p.270-272

DOI: 10.1387/theoria.16254

JOSÉ L. ZALABARDO. 2015. *Representation and Reality in Wittgenstein's Tractatus*, Oxford: Oxford University Press.

El *Tractatus Logico-Philosophicus* es, sin duda, uno de los libros más difíciles de la historia de la filosofía. El libro de Zalabardo no procura facilitar su lectura. Y es que si Wittgenstein pudo decir de su obra que no era un manual, bien podría Zalabardo decir de la suya que no constituye ningún tipo de introducción a aquella. El autor madrileño no pretende suministrar ninguna visión panorámica del *Tractatus*; incluso soslaya alguna de las cuestiones más candentes en la reciente literatura sobre el mismo como, por ejemplo, sus tesis metafísicas, sobre las que tanto hincapié han hecho los neowittgensteinianos, quizás porque Zalabardo es en esto absolutamente antiwittgensteiniano y no abriga la menor duda acerca de la legitimidad de la empresa filosófica. Es más, si le interesa el *Tractatus* es justamente porque lo considera una contribución significativa para la resolución de problemas que forman

parte de aquella, tales como el de la relación de la realidad con nuestra representación de ella en el lenguaje o en el pensamiento. Y es justamente sobre las tesis del primer Wittgenstein sobre esta cuestión, ciertamente central en el *Tractatus Logico-Philosophicus*, que como anuncia el título de su trabajo se centra Zalabardo. Así pues, lo que su libro suministra es, en esencia, una densa interpretación crítica, presentada en un estilo inconfundiblemente analítico, de la teoría tractariana del significado y de sus implicaciones ontológicas, para lo cual se sirve Zalabardo de seis capítulos, antecedidos de una introducción y coronados por una breve conclusión; material al que añade dos apéndices que complementan el tratamiento que dio en los capítulos 3 y 4, respectivamente, de los pasajes en que en el *Tractatus* se abordan los problemas del sin sentido y de la substancia.

El primero de esos seis capítulos lo dedica Zalabardo a presentar las dos teorías del juicio —la teoría de la relación dual y la teoría de la múltiple relación— que Russell elaboró, y en cuyas limitaciones estaría según nuestro autor la motivación de la teoría pictórica o figurativa de la proposición que el joven Wittgenstein llegaría a elaborar; una teoría cuya interpretación presenta Zalabardo en el segundo capítulo y a cuya luz se pretende dar cuenta de dos importantes tesis tractarianas, a saber: la imposibilidad que aqueja a cualquier pintura de pintar su propia forma pictórica y, sobre todo, la imposibilidad de representar proposicionalmente la forma lógica. Ya en el tercer capítulo, significativamente titulado “El sujeto evanescente”, Zalabardo nos explica por qué, para explicar cómo las proposiciones llegan a representar, el filósofo austriaco no apela a ningún sujeto representante, algo que según su entender tiene su razón de ser en la convicción wittgensteiniana de la imposibilidad de representar las relaciones cognitivas entre un sujeto y el mundo.

Expuesta su comprensión de la teoría tractariana de la representación pasa Zalabardo a presentar su interpretación de las tesis ontológicas mantenidas por el joven Wittgenstein, y así, en el cuarto capítulo de su libro, aborda el problema de la naturaleza que el *Tractatus* conferiría a proposiciones y los hechos. Si para entender la teoría pictórica del significado Zalabardo considera que el trasfondo del pensamiento wittgensteiniano lo constituye la teoría russelliana del juicio, ahora defiende que para entender sus tesis ontológicas es Frege la figura clave, ya que Wittgenstein habría llegado a las mismas por una consecuente asunción del fregeano principio del contexto, y por una generalización a todos los componentes proposicionales del tratamiento que el lógico alemán había dado de los conceptos. Según Zalabardo, para el joven Wittgenstein la proposición sería la unidad mínima de significación y los hechos las unidades básicas de la realidad, siendo sus respectivos constituyentes, nombres y objetos, meros rasgos comunes de proposiciones y hechos, respectivamente, resultado de un proceso de abstracción. Esta relación entre las proposiciones y sus componentes sería, al entender de Zalabardo, la que explicaría otras limitaciones que el filósofo austriaco atribuye a la capacidad de representación de aquellas, la posición de Wittgenstein con respecto a la paradoja de Russell, su identificación del ámbito de lo pensable con el de lo posible, o sus tesis acerca de las propiedades y relaciones formales así como sobre los conceptos formales; todo ello tratado por Zalabardo en el capítulo 5 de su libro para, ya en el sexto y último, centrarse en la comprensión tractariana del análisis lógico, condicionada por una comprensión veritativo funcional de las proposiciones a la que según Zalabardo habría llegado Wittgenstein para dar cuenta de las inferencias que propendemos a establecer entre nuestras proposiciones ordinarias, una comprensión que haría difícil ver cómo podría extenderse la teoría pictórica de la representación desde el ámbito de las proposiciones elementales a las moleculares; dificultades cuya comprensión ofrecerían la ocasión

para rastrear un importante enlace entre las posiciones de la primera y la posterior filosofía wittgensteiniana.

Zalabardo admite que su interpretación va a veces en direcciones para las que existe poca evidencia textual en los escritos que del joven Wittgenstein nos han llegado e, igualmente, que muchas veces atribuye a éste puntos de vista difícilmente sostenibles, aunque en estas ocasiones, añade, no cree traicionar el principio de caridad interpretativa pues, sencillamente, considera que cualquier otra interpretación de las tesis wittgensteinianas todavía acarrearía más serias dificultades.

Particularmente pienso que en lo primero no cabe objetar nada a Zalabardo. Probablemente, cualquier interpretación de cualquier autor tenga que ir siempre más allá de la evidencia textual disponible. Y esto, que puede ser una verdad hermenéutica general, es todavía más notorio en el caso de Wittgenstein quien, recuérdese, destruyó parte de los materiales en los que se basó para la redacción de su primer libro. Más discutible me parece, en cambio, la segunda observación. El problema no es que se dispongan de interpretaciones alternativas a las de Zalabardo que a la postre pudieran resultar más caritativas con el pensamiento del joven Wittgenstein —lo que, en todo caso, estaría por ver— sino que, sin entrar en comparaciones, en sí mismas consideradas, algunas de las tesis hermenéuticas de Zalabardo presentan graves problemas o notorias limitaciones. Pondré dos ejemplos —el espacio de esta reseña no me permite más— que me parecen especialmente significativos.

La teoría de la representación que Zalabardo atribuye al joven Wittgenstein en el segundo capítulo de su libro tiene la, a mi entender, sorprendente consecuencia de que de las pinturas, y por ende de las proposiciones, cabrían dos análisis a los que Zalabardo bautiza, respectivamente, como “el análisis de más bajo nivel” y el “análisis de nivel más alto”. Pues bien, la pregunta es: ¿cómo cuadra esto con la lapidaria afirmación de *Tractatus* 3.25 que reza así: “Hay un análisis completo, y solo uno, de la proposición”?

Por otra parte, como he dicho al hacer el apretado resumen del contenido del libro de Zalabardo, éste, en su capítulo tercero, atribuye a Wittgenstein la tesis de que resulta imposible representar las relaciones cognitivas entre un sujeto y el mundo. Exactamente, ¿qué quiere decir esto? ¿Significa que, según Zalabardo, para Wittgenstein proposiciones ordinarias como “Zalabardo cree que el *Tractatus* es un libro digno de estudio” no tienen sentido? De ser así habría que reconocer que estaríamos ante una tesis ciertamente sorprendente. Incluso podríamos decir que si la teoría de la representación que Wittgenstein elabora tiene esta consecuencia, ello constituiría por sí solo motivo suficiente para construir un *modus tollens* y olvidarnos por completo de esta su (supuesta) teoría; pues es obvio que esta proposición tiene perfecto sentido (e incluso me atrevería a decir que es indudablemente cierta, ya que en caso contrario, ¿por qué diablos iba Zalabardo a escribir un libro sobre el *Tractatus* como el que ha escrito?).

Si se afirma que la principal motivación de la teoría pictórica o figurativa del significado que elaboró el joven Wittgenstein fue su insatisfacción con la teoría russelliana del juicio —tesis, añado, que no me parece totalmente inverosímil aunque quizás sí un poco exagerada, pues no creo que al joven Wittgenstein le hiciera muy feliz la comprensión fregeana de la proposición como un nombre— uno esperaría que quien esto afirma proporcionara un análisis detallado de los párrafos del *Tractatus* en que Wittgenstein critica aquella teoría y ofrece su propia alternativa (5.541 y siguientes). Pero, ¡ay!, me temo que Zalabardo no ofrece ese análisis. No nos explica con detalle, por ejemplo, cómo el análisis que Wittgenstein propone de “ciertas formas proposicionales de la psicología” en 5.542 —y si propone

un análisis tiene que ser, digo yo, porque cree que tales formas proposicionales son analizables y, por lo tanto, sensatas— salva el principio de extensionalidad explícitamente reivindicado en 5.54; ni nos explica a qué pudiera estar refiriéndose Wittgenstein cuando hablaba de la “actual psicología superficial”, cuya comprensión del sujeto —pero, ¡ajo!, solo *su* comprensión del sujeto— resulta a los ojos de Wittgenstein un absurdo (“Unding”)—de lo que, obviamente, no se sigue que pudiera haber otra concepción del sujeto psicológico que no lo fuera—; ni, ya por fuera de estos párrafos, aunque necesariamente relacionados con ellos, nos explica Zalabardo qué relación hay entre el “yo filosófico”, el “sujeto metafísico”, el yo, en definitiva, del que puede tratarse no psicológicamente en la filosofía, y el hombre, el cuerpo o el alma humana de la que trata la psicología (¿cuál de estos “sujetos” es el evanescente? ¿O lo son todos?) a los que Wittgenstein alude a partir de 5.62.

Termino. Estas últimas consideraciones críticas pueden ofrecer al lector una imagen distorsionada de la impresión que el libro de Zalabardo me merece. Diré con toda sinceridad y explicitud, para terminar, que el mismo me parece un libro de lectura insoslayable para el estudioso interesado en la teoría wittgensteiniana del significado y en sus implicaciones ontológicas. Eso sí, creo que hay algunos puntos centrales del mismo que necesitarían mayor desarrollo. Estoy seguro que Zalabardo nos proporcionará en un futuro la satisfacción de este respecto que aquí le pedimos.

Vicente Sanfélix Vidarte

Universidad de Valencia
vicente.sanfelix@uv.es

BIBLID 0495-4548(2016)31:2p.272-275

DOI: 10.1387/theoria.16258